

Pintura y literatura son dos artes con estrechos lazos en el pasado, pero profundamente enfrentadas tras las vanguardias abstractas. Sin embargo, el florecimiento de la figuración en los años sesenta provoca la recuperación del relato, del contenido, incluso de la anécdota; como indica el calificativo de *narrativa* con el que Gérald Gassiot-Talabot bautizó en 1965 a la corriente empeñada en convertir el cuadro en un fértil terreno para la argumentación sobre el presente y su cotidianidad.

Un vínculo fructífero entre imagen y palabra que pocos pintores como Eduardo Arroyo personifican de modo tan perfecto, pues en su caso nace de una opción vital: Arroyo se marcha a París en 1958 con la intención de hacerse escritor y termina pintando como única tabla de salvación para su vocación literaria; porque, “¿cómo renunciar al dulce veneno de las letras? Sólo había una respuesta clara al cruel dilema... Pintar”.(1) Y, a partir de entonces, será verdad en gran parte de su pintura que si “una palabra es una imagen; un cuadro, y por qué no, un cuadro es una palabra”.(2) Moreno Galván lo vio claro en los inicios de su trayectoria: “Es uno de los artistas más empeñados en demostrar la nulidad de ese criterio de nuestro inmediato pasado, según el cual ‘la literatura’ era un morbo en la obra de arte.”(3) Arroyo tenía mucho que decir y lo dirá a través de sus cuadros; aunque también tomará con frecuencia la pluma para escribir media docena de libros, urgido por la misma necesidad de expresarse, de contar historias nunca exentas de polémica.

Pintor que escribe; o escritor que pinta, como en alguna ocasión él mismo se ha presentado. No obstante, Arroyo ha encontrado un modo de conjugar su dedicación a la pintura y su irrenunciable vocación literaria en su actividad como escenógrafo. De hecho, esta obra sobre papel tiene su origen en los dibujos y pinturas realizados por Arroyo (en colaboración con Gilles Aillaud) para el montaje teatral *Faust-Salpêtrière*, concebido por el director de escena Klaus Grüber a partir del famoso drama de Goethe, que se estrenó en la Chapelle Saint-Louis del Hospital de la Salpêtrière de París tres años antes. Arroyo mantiene una peculiar relación de amor-odio con el teatro: ha realizado una docena de escenografías e incluso ha escrito una obra en dos actos (*Bantam*, 1986) y, sin embargo, declara: “Ni siquiera voy al teatro. Detesto el teatro, me duermo en el teatro y no soporto a la gente de teatro.”(4)

Una actitud pasional y provocadora que singulariza toda su trayectoria, pero que no se refleja en esta sencilla pintura sobre papel caracterizada por la inmediatez de una figura formada mediante superficies recortadas de colores planos, exenta de volumen y profundidad, que no de una fina poesía. Representa un extraño personaje que nos oculta su rostro vuelto de espaldas, enfundado en un abrigo y cubierto por un sombrero *stetson*. A pesar del estatismo de este enigmático Fausto, el encuadre y su misma postura le otorgan cierta dimensión temporal, como si estuviera de paso o en tránsito. Esta iconografía de la figura masculina vista de espaldas con abrigo y sombrero de ala ancha es frecuente en la obra de Arroyo, pues la encontramos ya en las series “Winston Churchill pintor” (1969-70) y “Entre pintores” (1974-77); aunque la que comentamos guarda mayor similitud con dos litografías y una serigrafía de los años 1975-77, ligadas ya al tema de Fausto. Otra imagen muy similar aparece en una litografía de 1978 relacionada con la serie “Entre pintores”.(5) A partir de este acrílico sobre papel se estampó en 1979 una serigrafía editada por el Partido Comunista del País Valenciano, al que el autor donó la obra.(6) También en la cartelística de Arroyo podemos encontrar otras muestras de la misma iconografía, empezando por el cartel anunciador del montaje teatral que la origina.(7) Lo que no hace sino evidenciar la estrecha simbiosis entre pintura y estampa en la producción de Eduardo Arroyo.

NOTAS

- ¹ En Francisco Calvo Serraller, *Pintores españoles entre dos fines de siglo (1880- 1990)*, Madrid, Alianza, 1990, p. 278, que cita un texto inédito del artista titulado precisamente *Pintura, literatura y otras anécdotas*.
- ² *Ibídem*.
- ³ *La última vanguardia*, Madrid, Magius, 1969, p. 243.
- ⁴ Cit. por Francisco Calvo Serraller, *Diccionario de ideas recibidas del pintor Eduardo Arroyo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 98, p. 237.
- ⁵ *Eduardo Arroyo: obra gráfica*, Valencia, IVAM, 1989, n.º 68, 69, 71 y 76.
- ⁶ La serigrafía realizada a partir de esta obra lleva el n.º 81 (rep. c. p. 115) del catálogo de obra gráfica ya citado, y de la que existe un ejemplar en la donación (*vid.* cat. obra gráfica n.º 29). Uno de los ejemplares de la serigrafía (el n.º XV/XXV) fue reproducido posteriormente en forma de tarjeta postal por el IVAM.
- ⁷ *Vid. Eduardo Arroyo: carteles*, Huesca, Diputación; Zaragoza, Diputación, 1993, n.º 12, 14, 31, 33 y 55.

José Martín Martínez, *La donación Martínez Guerricabeitia. Catálogo razonado*, Fundación General de la Universitat de València, 2002, pp. 74-76.